

HABANA FLASH

HABANA FLASH

XAVIER ALCALÁ



Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: Habana flash
Título original: La Habana flash
Autor: © Xavier Alcalá
Traducción: © Xavier Alcalá

Copyright de la presente edición © 2009 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño y realización de interiores: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Fotografías del interior: de Xavier Alcalá y Marcelino Fernández Mallo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-727-5

A don Jesús Barros y a Gerardo Noche,
cuyos espíritus guardianes
vagan por los grandes espacios
del Centro Gallego de La Habana.

A aquellos que no debo mencionar,
avisándoles de que me llegaron sus cartas
vía Miami.

A Pedro Blanco Llano,
que me dio datos principales
sobre la emigración a Cuba.

Coruña, verano de 2008
Xavier Alcalá

ÍNDICE

Aclaración	11
Prefacio	15
<i>Explicatio non petita</i> (a censores y servicios de información)	23
El viaje pendiente	27
Pasando por Lisboa	43
Rota Habana de través	75
Peixiño	123
Viejos pescadores	165
La entrevista	199
En el campo de concentración	229
Posfacio	257

ACLARACIÓN

A Cuba viajamos muchos españoles de diferentes maneras y en distintas condiciones. Algunos vuelan hasta allá sin más idea que la de divertirse. Otros van en busca de sus historias familiares porque a la Gran Isla emigraron abuelos, tíos, padres... Innumerables familias (sobre todo de gallegos, asturianos, cántabros y canarios) tienen capítulo cubano.

Esto es lo que les ocurre a los viajeros de *Habana flash*, que se ven envueltos en la realidad de Cuba con casi cuarenta años de Revolución. Y lo mismo le sucede al comentarista del texto principal, Marcelino Fernández Mallo, quien enfrenta su pasado familiar con el presente cubano, ya próximo a los cincuenta años de vida revolucionaria y revolucionada.

La primera versión de este libro apareció en gallego (Editorial Galaxia, Vigo, 1998) con prólogo de Francisco Fernández Naval, certeramente adecuado a ese momento. Esta edición de Nowtilus en castellano cuenta con prefacio y posfacio de Fernández Mallo, que marcan diferencias de diez años en el país, la gente y el régimen.

Vaya por delante mi agradecimiento a Marcelino por su ejercicio, que confirma y remoza lo escrito hace tiempo; y al editor, Santos Rodríguez, por la oportunidad de publicar historias y visiones aún desconocidas cuando se va a cumplir el cincuentenario de la entrada del Comandante y su “tercer ejército nacional” en la ciudad de las ilusiones y las nostalgias.

Xavier Alcalá

PREFACIO

Fue un viaje repetido. Pisamos las mismas calles. Hablamos con los mismos hombres y mujeres. Comimos en las mismas mesas. Tomamos los mismos taxis, visitamos los mismos lugares, fotografiamos las mismas escenas. Pasaron diez años y nada cambió. Pero pasaron diez años.

Hace diez años, Elena y Xavier (Inés y cronista) partieron hacia La Habana pasando por Lisboa (Ana y yo lo hicimos pasando por Madrid). De aquel viaje necesario surgió este libro editado años atrás, en gallego, por Galaxia. De ese otro, el nuestro, nace este prólogo. Un prefacio que quiere rendir tributo a un país, arruinado en tantos aspectos, y a una crónica que va más allá de esa ruina y de esa penuria que también describe e ilustra.

Habana Flash es una crónica de un viaje pero es especialmente la crónica de una sociedad vista desde los ojos de una colectividad llegada de ultramar. Una sociedad en espera permanente y desesperanzada, en celebración continua pero amargada, en movimiento constante y estancada.

Una sociedad que intenta mirar hacia fuera pero no consigue ver nada.

Habana Flash es una crónica realizada por un animal narrador que ejerce, ante todo, de cronista de la realidad, una realidad que en este caso podría ser convulsa pero tan solo es expectante, pasivamente expectante. Se trata de la realidad cubana transcrita por el testimonio de Xavier Alcalá en su viaje necesario y descrita por los testigos que en el trayecto él se va encontrando.

La huella de Galicia en Cuba es tal que cualquier español en suelo cubano suele ser identificado como gallego. Nadie puede extrañarse de oír a un cubano afirmando ser “nieta de un gallego de Albacete”, por ejemplo. Ni siquiera el idioma pudo con tal equivalencia imposible. En determinadas zonas de La Habana y en determinados sectores, sonaba con naturalidad el gallego por encima del castellano zumbón de los cubanos, tal como expresa Alcalá en diversos pasajes, especialmente en el capítulo dedicado a “Peixiño”.

Hoy en día se siguen publicando ensayos, estudios, biografías, relatos sobre los “gallegos de Cuba” y sus —demasiadas veces trágicas— experiencias vitales. En el reciente *Galegos da Habana* escrito por la periodista cubana Ángela Oramas (Sotelo Blanco, 2007), se reproduce el siguiente texto publicado en la revista *Galicia* en 1915: “Por donde quiera que uno viaja, siempre encuentra un gallego. Los hay trabajando en el campo, en la fábrica, en el taller, en la oficina, en la cátedra, en la bodega... los hay por todas partes.”

Los escritores gallegos no se olvidaron de Cuba como motivo de sus poemas o relatos. ¿Cómo podrían si muchos de ellos residieron en la isla caribeña llevados por el duro exilio o por la áspera emigración? Figuras tan ilustres como Ramón Cabanillas, Curros Enríquez, Manuel Lugrís, Neira Vilas o Lois Tobío han mantenido La Habana como un recurso habitual en la literatura gallega. La propia Rosalía de Castro escribió ¡Pra A

Habana!, poema donde para siempre quedará reflejado el desgarramiento de la emigración: “Galicia está probe / i á Habana me vou... / ¡Adiós, adiós, prendas / do meu corazón”. Habana Flash termina con una línea arrendada de esa misma pieza poética: “*Toda a terra é dos homes*”.

Xavier Alcalá es —ya lo decíamos— un animal narrador que busca, persigue, explora, observa, escucha (escucha mucho), analiza, contextualiza, relaciona, concluye y escribe. Escribe doliéndole no poder continuar la búsqueda, la persecución, la pesquisa... Él mismo lamenta no haber podido extender la estancia, multiplicar los contactos, hablar con los cientos de personas y de personajes que le faltan (que él siente que le faltan). Y dice: “Si pudiera juntar tanta vivencia, escribiría tanto, tanto daría a saber al mundo sobre la aventura de existir...”. Xavier tiene hambre de contar.

Y cuenta en Habana Flash, y a través de esas páginas uno siente la ciudad que fue y anhela la que aún puede volver a ser. Pero, sobre todo, el lector llega a padecer el múltiple sacrificio de aquellos hombres procedentes de ultramar, el sufrimiento abnegado de quienes debieron abandonar su tierra (“*Este vaise i aquél vaise / e todos, todos se van*”, decía el recordado poema de Rosalía); de aquéllos que trabajando sin tregua consiguieron una posición, una propiedad, unos medios decomisados después por la Revolución a pesar de lo cual permanecieron, optaron por permanecer, de nuevo sumidos en la pobreza —la pobreza emigrada—. El propio Alcalá no puede reprimir la pregunta al final de la entrevista que realiza a “O Mestre”, ex-guerrillero antifranquista y ex-colaborador del régimen cubano purgado por Fidel. Le pregunta Alcalá: “¿Por qué no se viene para allá?”

No regresan, no. La mayoría fundaron una familia y, a pesar de mantener la *saudade* de los recuerdos, de los aromas, de los paisajes, de los acentos, no pueden ni quieren volver. Porque nada hay al otro lado que los reclame, porque su memoria se ancla en sus pueblos de procedencia pero su

futuro, precario, se proyecta ya solo en la ciudad de adopción. Porque son los gallegos de Cuba.

Cuba y Galicia tienen eso en común: son países partidos en dos. Una porción apreciable de sus hijos, de sus ciudadanos, reside fuera del territorio. Los unos emigraron en buques mercantes preparados para largas travesías, los otros en balsas vulnerables ante una borrasca o, quizás, ante un simple cambio de corriente. La cubanía existe como existe la *galegüidade*, pero la Cuba de Fidel (ahora de Raúl) no da cuenta del drama de los balseros. Los balseros no son cubanos desesperados, son traidores a la Revolución.

Y, sin embargo, ¿qué revolución puede durar 50 años? Cuando Elena y Xavier realizan su viaje, se cumplían 40 años de la entrada de los tres comandantes en La Habana. Fidel, Comandante en Jefe, el Ché (**C**uando **H**abía **E**speranza), mito y leyenda, y Camilo Cienfuegos, el mártir todavía presente. Cuando nosotros recorremos Cuba, se está preparando el 50 Aniversario de aquel 1 de Enero de 1959. Una revolución de cincuenta años o es un fracaso o deriva hacia la involución, lo cual quizás represente la misma condena.

En 50 años, el comunismo no cedió ni un ápice. Por el contrario: la falta de libertad afecta a cada ámbito de actuación del individuo, nadie aspira a la implantación de un régimen democrático, las instituciones se limitan a aplicar las consignas, la información se confunde con la contaminación... Económicamente, cada sector es un monopolio estatal, los salarios se igualan (lo llaman igualitarismo) en la miseria, la producción agraria se reduce, la industria nunca llegó a nacer... Ciertamente que ahí se mantiene el injusto bloqueo y cierto también que Estados Unidos intentó invadir el país (¡hace 47 años!), y que la base de Guantánamo se mantiene miserablemente enquistada en el extremo oriental del territorio, razones que, con todo, nunca podrían justificar (y mucho menos explicar) la parálisis y la decrepitud del régimen.

La situación queda reflejada en cada página de *Habana Flash*, en cada una de sus escenas, de sus diálogos y de sus descripciones que bien podían haber tenido lugar con escasas diferencias (recogidas en el Posfacio) diez años después. La crónica de Xavier Alcalá desmonta la idea romántica que tantos han (hemos) mantenido sobre la dignidad de unos revolucionarios capaces de imponer su ley y su ideología ante el monstruo imperialista. En realidad, hay dos monstruos: el imperialista yanqui conocido, en efecto, y la dictadura esclerotizada y previsible, también.

Cincuenta años han resquebrajado la salud del Comandante, la salud de él. La dictadura se regenera con carácter hereditario. Todo da igual: los cubanos siguen sufriendo las cartillas de racionamiento, el caballo se mantiene como medio de transporte básico, los artículos más elementales se consideran objetos de lujo, labores de labranza se realizan aún con bueyes tirando de arados, la luz y el agua se cortan con frecuencia, las viviendas son ruinas desvencijadas, los coches cacharros viejos, en las farmacias ni se encuentran aspirinas...

Como bien se refleja en los contactos que establece Xavier Alcalá (en permanente exploración) dentro de la Isla, el cubano ha perdido parcialmente el miedo a hablar. De naturaleza comunicativa, no se priva de compartir comentarios y opiniones sobre el régimen y el Estado que le ha robado la esperanza. Habla para lamentars, pero lo hace sobre la situación en general. A la hora de concretar, le faltan referencias y le sobra orgullo. Admite la precariedad pero, demostrando una lastimosa ignorancia, defiende los logros del sistema educativo, el nivel de la sanidad o la dieta alimenticia. Conserva, como un rictus intelectual, la comparación con el régimen odioso de Batista... ¡50 años después!

La crónica de Xavier Alcalá guarda otros tesoros que conviene descubrir. Entre ellos, el abuelo Remigio, que emigrara a Cuba imitando, como tiempo después hizo mi padre, a tan-

tos otros gallegos que años antes habían cruzado el Atlántico a la búsqueda de lo que faltaba en su tierra. El espíritu del abuelo Remigio vaga por la *Habana Flash* igual que el alma de *meu pai* deambula por estos párrafos. Porque los emigrantes gallegos fueron, sobre todo, imitantes; los unos iban detrás de los otros, con las mismas maletas, los mismos rostros, los mismos barcos. Tal vez sea a través de la imitación como se construye la personalidad de un pueblo. Tal vez a través de la emigración se haya construido la galleguidad.

Marcelino Fernández Mallo
Agosto 2008

EXPLICATIO NON PETITA

(a censores y servicios de información)

En este relato —quizá novela— se usa la figura del “personaje estadístico” ya experimentada en numerosas obras de ficción. No se busque, pues, informante concreto oculto bajo nombre ficticio: quien surja como tal en el texto es producto, en todo caso, de la conjunción de varias (en algún caso, muchas) personas reales.

EL VIAJE PENDIENTE

En la aldea decidí este viaje; en la aldea de mis abuelos y mis vacaciones. Me decidí en la casa familiar, que no es una caserón aldeano con ventanucos excavados en la piedra del muro sino un edificio de cemento caleado de blanco, con ventanas generosas y balcón grande sobre la puerta. A cada lado del balcón hay una palmera y sobre él, en relieve, pintada de azul, una fecha: 1915.

En el año 15 ya estaba consolidada la fortuna del abuelo Remigio, que desde entonces mantuvo vidas intermitentes aquí y en La Habana, cumpliendo siempre como varón por lo que parece, pues al tío Pedro le avisaron de tener medio hermanos cuando anduvo por Cuba revolviendo en cosas del pasado paterno.

La casa que construyó don Remigio mira la ría y contempla, justo en frente, la iglesia y el cementerio que eran referencia principal de los chicos, no por razones religiosas. Están en la otra orilla, encima de una playa mínima y sombría, meta inexcusable para la condición de “ser mayor”. Hasta allí

había que nadar desde nuestro muelle temiendo la angustia de una decisión en medio de la travesía: seguir o darse la vuelta administrando las fuerzas mermadas.

Algunos tuvimos suerte, porque nos iniciamos sin dificultades. Otros no tuvieron tanta.

A mí, cuando llegué a la playita, exhausto, me vino a buscar en bote el hijo de un “cubano” pescador. A mi hermano Suso no lo fue a buscar nadie y tuvo que dar la vuelta a la ría por tierra, atravesando el pueblo y el puente como un fugitivo para que no lo detuviesen por indecencia, mal vestido como iba apenas con el bañador.

A Manel de la Perica tampoco lo fueron a recoger de la playa y decidió volver a nado. Se ahogó. También era hijo de un cubano de los de aquí, un retornado, que hacía panfletos para los del maquis y huyó al monte con ellos en el 41...

En esta tierra todos tenemos algo de cubanos, de pescadores, de labradores que se metían a pescar, que acabaron pescando entre Cuba, Florida y el Yucatán; que murieron —muchos— en tales singladuras y fueron enterrados en la precariedad de un cayo.

En nuestra comarca siempre se oyeron historias de Cuba, y en mis tiempos de niño también se oían hazañas de los escapados que luchaban contra Franco. En Cuba —cuenta el tío Pedro— vivía hace quince años un hombre que en su bote transportaba desde una banda a otra de la ría a un jefe de la guerrilla muy buscado por los guardias civiles (el enlace remero se salvó, pero vio caer al jefe matando enemigos en lucha desigual).

La casa de ese abuelo mío —paterno— es muy destacada, por la construcción y la fecha. Cerca de ella, para más destaque, está la escuela en la que don Remigio también tuvo participación. Quedan en la memoria popular la Sociedad de

Instrucción que constituyeron los hijos de nuestra parroquia en La Habana, la escuela de la aldea con los alumnos y las banderas de Cuba y España; y la defensa de ese bien de todos que el abuelo hizo cuando llegó la hora de los atropellos falangistas.

Casa y escuela se conservan en buenas condiciones por voluntad de aquel emigrante que sabía valorar sudores propios y ajenos, que supo triunfar en lo que se le pedía a un hombre de su tiempo y su circunstancia; que se arriesgó a defender la propiedad del pueblo en las turbulencias de la guerra civil y la posguerra, sabiendo que podía pagar con su propio patrimonio la oposición a las confiscaciones.

La escuela era un símbolo, el fruto visible de la aventura de emigrar. Y don Remigio, republicano, anticlerical pero conservador (masón para los fascistas), se batió con la palabra en los despachos mientras otros se batían con el fusil en el monte.

El viejo debió de morir contento, paseándose entre los dos edificios que justificaban su existencia, que lo unían a La Habana de sus amores.

Algo de eso se deduce de los escritos que dejó. En ellos relata cómo salió hacia La Habana y la vida que allá tuvo. Lo habían instruido para emigrar y embarcó en Coruña con una promesa de trabajo, comida y cama en almacén de paquetería. La Habana para nuestros mayores no era, como hoy para nosotros, sitio de andar y ver, donde saborear *slogans* que mal caben en otra parte del mundo; donde moverse entre reliquias. Para ellos era la urbe en la que podían aspirar a un buen jornal.

Remigio se preparó en una escuela especializada en las habilidades necesarias para triunfar por las Américas; y, cuando le llegó la hora de marcharse, recibió ajuar de traje y camisas, y le compraron un “baúl-camarote”, especial para la navegación, donde había de guardar sus pertenencias durante el tiempo de su aventura sin familia.

El día de la partida su padre le entregó un cinto de lona con treinta y tres monedas de oro, para que lo llevase siempre pegado al cuerpo. La familia se juntó alrededor de un San Antonio en el cuarto mayor de la casa, rezaron un rosario y luego el rapaz —de quince años— se fue abrazando a cada uno, perdonando en silencio todas las diferencias que pudiera haber tenido con abuelos, padres y hermanos.

Después vinieron el viaje a pie, tras la mula que llevaba el baúl; el embarque en “tercera preferente”; las lágrimas incontables de los que con él embarcaban porque en su tierra no tenían lugar.

En los papeles con buena letra, de contable, don Remigio describe un universo de mercaderes, de casas de comercio con olores a madera de estantes y a telas: un hormiguero de negocios por la ciudad grande y linda en que tanto ganaron los españoles acriollados.

La autobiografía de este comerciante ordenado a quien debo mi primer apellido, prosaica, monetaria, siempre me llamó la atención y me incitó a conocer los paisajes en que se forjó la valentía del hombre que se había de enfrentar a curas y funcionarios franquistas para defender la escuela laica de los “cubanos”.

Los de la generación de mi padre, todos estudiaron: para maestras, las chicas; para distintas carreras, los varones. Don Remigio entendía que el mejor capital era el guardado en la cabeza, y fue exigente con sus herederos. Ambicionaba poder para la familia en conjunto: quería que sus hijas mereciesen la devoción debida a quien enseña; y sus hijos, el reconocimiento de quien sabe resolver asuntos. A tal objeto, encaminó uno a la abogacía, otro a la arquitectura y el otro a la medicina.

El médico es mi padre, que siempre ejerció en la ciudad-ciudadela de los marinos y los ingenieros, cuna del Caudillo

Invicto. A principios del 54 alquiló piso grande, para vivienda y clínica, en edificio nuevo al que nos trasladamos alborozados. Allí distinguiría yo los acentos del habla cubana. Correspondían a los propietarios del edificio, afinando detalles con sus inquilinos.

Después, mis padres conversaron mucho sobre el asunto, a veces delante de mí y creyendo, como suelen hacer los adultos, que un chiquillo no se da cuenta del significado de lo que ellos hablan.

Pero yo deduje que los dueños de la casa nueva eran matrimonio, sin hijos, ambos naturales de parroquias próximas a la nuestra. La señora había sufrido un “aborto” —palabra interesantísima— en La Habana y se había quedado inútil para tener “descendencia”. El señor trabajaba “como un burro” (me lo imaginé tirando de un carro) en una fábrica de cervezas e hizo una fortuna ahorrando...

Nos mudamos de casa. Los cubanos, don Armando y doña Laura, habitaban el piso de abajo y querían ser simpáticos con los pequeños del médico. Nos convidaban a refrescos fabricados con gaseosa guardada en un prodigio técnico por el que se mostraban ufanos, y que a mí me sugería el sagrario donde los curas custodiaban las hostias, aumentado de tamaño.

Aquella especie de armario blanco se llamaba “frigidaire”. Nuestros padres y sus amigos decían que en Cuba se vivía muy bien; que la gente podía comprar todo tipo de aparatos fabricados en los Estados Unidos. España, mientras tanto, era un desastre. Había que contentarse con fresqueras provistas de tela metálica para detener la insidia de las moscas; y quien quisiera hielo, tenía que ir a comprarlo a la fábrica.

Cuba era cosa seria, según entendíamos los chicos con familia allá, viendo volver a los indianos con coches e inventos como el frigidaire de doña Laura.

El año en que ingresamos en el instituto de bachillerato, el padre del mi amigo César se fue a Venezuela; y yo escuché como le decía a mi padre —despidiéndose de él en la calle— que Cuba podía “tener una revolución en cualquier momento”. Venezuela era destino mejor para un emigrante.

Después llegaron a nuestras vidas unos años muy apresurados, que se confunden en la mente y obligan a usar enciclopedias, libros de Historia, hemerotecas...

En ellos los rusos aparecen como unos abusones, aplastando bajo las orugas de sus tanques a húngaros o alemanes que intentasen buscar respiro. Los soviéticos eran dueños de vidas y haciendas de todas las personas que habitaran más allá del Telón de Acero. Solo un amigo de mi padre, también médico, se atrevía a defender “la implantación del socialismo” con ayuda del Ejército Rojo. Pero era un señor raro, sobre el que pesaba un manto de misterio: en murmullos peligrosos, alguna vez escuché que era de los que curaban a los “bandoleros” del monte.

También recuerdo cómo se cumplieron las previsiones del padre de César y en Cuba apareció un sujeto simpático y barbado, hijo de gallego, que iba a limpiar el país de desvergüenzas y vasallajes, enfrentándose hasta a los mismísimos yanquis, otros como los rusos, que no querían a nadie levantando cabeza a su alrededor. Aunque, claro, los americanos nos enviaban el queso y la leche a las escuelas e iban a pagar dólares a espuestas por las bases militares, y muchos —como el padre Payton, el del Santo Rosario— eran católicos, mientras que los rusos se habían llevado el oro del Banco de España y mataban a quien intentase ir a la iglesia...

En principio el tal Fidel Castro no era malo. Sin embargo, don Armando, nuestro vecino, no tardó en lamentarse, y hasta a enfermar, por lo que estaba sucediendo en la tierra donde se había dejado la flor de la vida (trabajando como un burro). Doña Laurita cambió de humor, andaba siempre pendiente de

conferencias telefónicas con La Habana y, cuando nos pillaba en el portal de la casa a mí y a mis amigos, nos llamaba “piráticas”.

Estaríamos en tercero o cuarto de bachillerato cuando volvió una prima de nuestra madre, monja que enseñaba en un colegio de Santiago de Cuba. Dijo que los castristas estaban confiscando todo y expulsando a los religiosos; que tenían conexión directa con Moscú. Concluyó que los partidarios de Castro hacían allí lo que en España habían intentado hacer los rojos.

Por entonces debería de haber sucedido la batalla de la Bahía de Cochinos (nombre muy divertido) y Kennedy me pareció un falso y un abusón porque era presidente de los Estados Unidos y mandaba en la CIA, agencia de infinitos tentáculos, organizadora de la invasión anticastrista.

Pero, si los rusos apoyaban a Fidel..., cuidado con el tipo, chavales. Y lo apoyaban. Ahí estaban los misiles y la tercera guerra mundial, de la que hablábamos en el recreo y hasta en clase...

Pasados bloqueo y desmantelamiento de los cohetes terroríficos, la isla grande del Caribe se convirtió en el blanco constante de conversaciones, de informaciones de periódicos y radio; del No-Do; hasta de la televisión que ya nos llegaba.

“Más se perdió en la guerra de Cuba y volvían cantando” era frase de 1898, viva sesenta años después; pero don Armando, el vecino, perdió todo lo que allí había conseguido y no cantaba. Un día le dio un infarto y falleció. Supongo que a muchos “confiscados” como él les pasaría algo semejante.

El abuelo Remigio murió también por aquellos tiempos (debía yo de cursar preuniversitario); se fue con la cabeza en buen funcionamiento. Despidiéndose —que ya barruntaba el fin—, se puso a revolver en su pasado y caía en las memorias de La Habana con frecuencia. Partiendo de ellas hacía razonamientos frente a la nueva situación.

Sentenció, por ejemplo, que los revolucionarios de Fidel “habían tocado en lo sagrado” y, por tanto, no podrían durar en el poder.

Con “sagrado” se refería a la propiedad individual, pero —como se sabe— erró en su vaticinio sobre la permanencia de la Revolución Castrista.

Superado el bachillerato, descreímos de toda creencia. No hace falta explicar lo que representaron el Ché Guevara y Fidel Castro para los que estrenamos mayoría de edad en el 68; lo que siguieron representando del 68 al 74, año de la Revolución de los Claveles en las bocas de fuego de los fusiles portugueses, ahí tan próximos, inmediatos. Ni cómo seguimos valorando los mitos del comandante muerto en Bolivia y del comandante vivo en Cuba a partir del 75, cuando se apagó en España la luz del tirano Cerillita (apodo con origen en su ciudad natal), desangrado a pesar de iniciativas del yerno cirujano que le había caído en suerte.

Libres ya para viajar, descubrimos las Iberoaméricas del pobrерío infinito, de los generales, de los seres desaparecidos por intentar llamar la atención del mundo sobre cuanto era realidad y no se podía resolver sin trauma, sin subversión.

Yendo a cualquier congreso universitario, me encontré a José Manuel Dasilva en un lugar de novela de Graham Greene, el aeropuerto General Stroessner (¿qué otro nombre le cabía?) de Asunción. Mi amigo, zootécnico en misión de la FAO por esos inframundos, me hizo una confesión:

—Me da lo mismo el país por el que ande. Cuando llevo quince días aquí, o metralleta o avión... y, hasta hoy, vengo optando por coger vuelo.

Estábamos de acuerdo. Yo estaba de acuerdo y se lo contaba a mi mujer, que algo sabía de “villas-miseria” en la tierra

de emigración de los suyos, la Argentina increíblemente rica y desangrada.

Cuba era el baluarte. Cuba representaba la resistencia al poderoso que está ahí, puerta con puerta. Le debía quedar claro al mundo que, hasta atacando la propiedad privada (reprimiendo los derechos de la hormiga propietaria a engañarse cada día con una pequeña ambición), se podía hacer lo fundamental: transmitirle al pueblo conciencia del ser diferente, orgullo de lo propio; y basar la transmisión de esa conciencia en la escuela.

¿Qué habían hecho nuestros mayores de las sociedades de instrucción de Cuba? Construir y mantener escuelas laicas en Galicia, con máquinas de escribir y de coser y otros artefactos de la modernidad. ¿Qué hacían Fidel y su partido? Romper con la ignorancia generalizada de los cubanos. Alfabetizar. Redimir a un pueblo.

Llegaban noticias de que en la Cuba castrista había alimentación y vestido justos, a pesar del bloqueo; que la educación y la medicina alcanzaban niveles de país desarrollado.

Que gritasen, entonces, los evadidos a Miami...

Pero también había disidentes en el interior.

¿Y cómo no los iba a haber? A nadie le gusta vivir en el sacrificio continuo; y menos cuando se está tan cerca del espejismo, del “*everything is free in America*” de los coros de *West Side Story*.

El correr de la vida a mí nunca me concedía el tiempo necesario para, al menos, ver La Habana de todos.

Vivía de noticias. Creía que, en verdad, los cubanos avanzaban de acuerdo con sus líderes; que exportaban lo más valioso, el conocimiento, a países necesitados.

Pero me llamó mucho la atención una conversación larga, también de aeropuerto, con Avelino Nogueira. Fue en Madrid,

en la zona de salidas internacionales de Barajas. El iba a Cabo Verde y yo a Estados Unidos.

Avelino, ingeniero industrial, trabajaba en la OIT y llevaba un buen trecho de su vida profesional dedicado a la formación de técnicos en el tercer mundo. Hacía tiempo que no nos habíamos visto y, ya que él iba a estar conmigo un rato, decidí exprimirlo, informarme de sus experiencias por el mundo de las gentes oscuras, atrasadas.

En la charla de Barajas los cubanos aparecieron por Angola dando protección en la selva a los angoleños de la facción amiga, que cortaban árboles de madera preciosa o desenterraban —apenas con azadón— diamantes. La breña donde ahora se hacían héroes los castristas era muy rica. Por ello, en tierra originaria de esclavos destinados a Cuba se pagaba tan cara la ayuda de los militares que llegaban de la isla.

Hablando y fumando, después aparecerían los cooperantes de Castro por Nicaragua, “país de juguete, divertidísimo”, donde Avelino vivió el somozismo y el sandinismo.

A Nicaragua —dijo— llegaron muchos asesores de países socialistas. En materia de educación, los había cubanos, teóricamente ingenieros pero, en la práctica, apenas operarios incapaces de transmitir algo más allá de conocimientos anticuados, basados en maquinaria atrasadísima de procedencia soviética. Los cubanos nada aportaban a la misión formativa, sencillamente porque el avance tecnológico no perdona.

Entre cientos de asesores cubanos —siguió Avelino— había un mulato de apellido claramente castellano que se empeñaba en declararse “gallego” porque su padre era de Cádiz. El tipo era simpático y se hizo amigo de Nogueira, a punto de confesarle su intención de pasarse a “la libertad”: Costa Rica. Aseguró que no le dolían tanto las penurias materiales de la isla bloqueada como tener que soportar propaganda sin poderse revolver criticando.

Avelino se ofreció a pasarlo por la frontera en su coche de matrícula diplomática. El mulato imposiblemente gallego solo tenía que encogerse en el maletero, y adiós al socialismo.

Pero nunca alcanzaron Costa Rica juntos. Ni nunca más Nogueira volvió a ver a aquel mozo cubano.

Los sabuesos duros de la seguridad del estado sandinista eran búlgaros, eslavos rubios y grandullones, que se mantenían ocultos en sus coches para evitar ser distinguidos fácilmente en país de castas menudas y morenas.

Esos cancerberos trabajaban finamente para un sistema que no permitía vacilaciones. Ellos hicieron desaparecer a cuantos cubanos se arribaban demasiado a lo prohibido, a docenas de desafectos, entre quienes se contaba al amigo de Avelino.

En la vida nada es exactamente según se cuenta, ni siquiera según se ve. Por eso yo, junto a muchos de mi quinta, seguí teniendo devoción por el comandante del uniforme verde y sus tropas de cortadores de caña para la supervivencia nacional.

Fidel largaba discursos como torrentes, arrasadores como agua que baja de las montañas. Ante él desfilaba un ejército popular dispuesto a dar su vida por la Revolución; y después venían las organizaciones de civiles militarizados, instruidos en la idea de “socialismo o muerte”.

Cuando Castro viajó a Compostela, recibí invitación para irlo a ver al convento de San Francisco. Se lo dije a Inés —mi mujer— y ella combinó todo lo necesario para que no perdiésemos la ocasión de estrechar la mano del Gran Timonel hijo de gallego.

Anduvo Castro por Galicia y todos lo arropamos; vivió el fervor popular. Quizá los gallegos quisiesen devolverle a Cuba, representada por su Jefe Supremo, cuanto le debían.

Hablando de deber, alguien me había advertido de que el régimen cubano le adeudaba cantidades impagables a Galicia, empezando por el edificio del Centro Gallego de La Habana, obra magna de nuestra emigración.

Daba lo mismo. La gente aplaudía al hombre corpulento vestido de militar. En el convento de San Francisco le dimos la mano (blanda, decepcionante) y celebramos su prédica.

Hubo emoción y periodistas. En el sarao, entre copas, mi amigo Fuco Castelo me contó un detalle curioso: en un determinado momento los chicos de los medios de comunicación se lanzaron sobre Fidel, ignorando a su anfitrión, el presidente de la Xunta de Galicia. Fuco, que no se sabe callar a tiempo, vio a don Manuel Fraga abandonado y se le acercó con un comentario:

—Este sí que es un convidado eclipsante, señor Presidente. A lo que Fraga, divertido, respondió:

—Para eso lo trajimos.

Fidel. Mucho Fidel. En esa recepción, Inés y yo nos emplazamos para un viaje a La Habana de Hemingway. Fuco Castelo y su mujer dijeron algo parecido. Había que ir al Lagarto Verde.

Pero no fuimos. Los derroteros seguirían siendo otros.

En un diciembre austral sofocante, coincidimos Fuco Castelo y yo por Buenos Aires. El volvía de un viaje al Chubut, asombrado por la grandeza de los “paisajes eternos” que Darwin descubriera en la Patagonia.

Juntos, fuimos a una cena en el Club Español. En nuestra mesa encontramos al nuevo cónsul general de España, Santiago García-Durán, quien venía de ejercer en La Habana varios años.

Pronto, con otro comensal, Santiago abrió conversación que silenció a los demás. Era un cruce de alabanzas a Cuba,

un florilegio tal que Fuco protestó: ¿qué le interesaba a España de una isla folclórica del Caribe en comparación con las inmensidades riquísimas y continentales de la Argentina?

Santiago respondió rotundo: ver las cosas en términos económicos era miopía; Cuba importaba porque hasta fines del siglo XIX fue una provincia española, porque todavía quedaban muchos cubanos de origen nacidos legalmente españoles. Sin embargo, la Argentina era república independiente desde comienzos del siglo de las emancipaciones.

Cierto, una razón más para ir y ver: la españolidad, las habaneras,

*Cuando a La Habana llegue,
paloma mía, te escribiré.*

Una razón más, y poderosa, para quien —como yo— se había criado en una comarca donde La Habana era más nombrada, más necesaria que Madrid, Barcelona o Lisboa, capitales inmediatas, sumideros masivos de nuestra gente.

Todo me obligaba, e Inés insistía. Hasta que, una noche destemplada y nostálgica, decidimos cuándo dejar a los chavales solos y marcharnos a los calores del subtrópico americano.

Sería nuestra primera inmersión. Iríamos a La Habana y a Varadero. A la capital solo de aterrizaje, solamente a ver y oler. Y al lugar de las playas de los ricos prerrevolucionarios porque el cuerpo les pide agua caliente a los condenados a bañarse en las rías gallegas, frías a pesar de la cálida Corriente del Golfo que las visita.